

LA PAREJA

(Derechos de reproducción y de traducción reservados para todos los países, y comprendida la U.R.S.S.)

Colaboración inédita de
HENRI BARBUSSE

Versión castellana especialmente autorizada por el autor, por Carlos Deambrosis-Martins, para ser publicada en

AMAUTLA

.... Todo eso está muy bien, dijo Leandro. Los pequeños dramas de que han sido ustedes los héroes, mis queridos amigos, son, aunque sinceros, ingeniosos, y estoy satisfecho en sumo grado de que todos ustedes hayan consentido en contar su correspondiente historia sentimental, - a pesar del descrédito y el ridículo en que han caído, a causa de lo mucho que la literatura ha abusado de los temas de amor y de caza.

Pero... pero... tengo que decirselo a ustedes... Según mi opinión, el amor no es completamente así. Vuestras refinadas conclusiones y vuestra psicología llena de sorpresas me desconciertan. Es más sencillo, sí, amigos míos, mucho más sencillo que todo eso. Las verdaderas tragedias que hacen regañar aquí, abajo, a las dos mitades de las parejas, carecen el noventa por ciento de las veces, de complejidad, y la sutileza brilla en ellas por su ausencia. ¡Y tan sencillísimo es, que la mayor parte de las veces no nos lo podemos imaginar!

¡Así, yo -esto no es una historia-, es un ejemplo! ¡Así, yo, no sabría, qué diantre, decirlos lo que he sufrido por una tal Manuela, ni por qué! Es demasiado sencillo.

Manuela era el nombre de una muchacha a quien conocí cuando estaba en Senlis de practicante de farmacia. Nos conocíamos, lo confieso, en el sentido bíblico de la palabra. Nuestras condiciones eran similares; pues ella tenía una botica en la esquina de la calle de los Pegeards, cuyas viejas casas parece que tienen antiparras en las ventanas y arrugas en los tejados; en cuanto a mí, empaquetaba el bicarbonato y aconsejaba los específicos, en una oficina tapizada de botes de loza, como un osario de craneos, y desde donde veía, a través de los bocales del escaparate, aparecer encarnados y desaparecer verdes, a los transeúntes de la calle del Huevo de Paloma.

No era bonita. Era del montón. Su pelo no era ni rubio ni negro, ni siquiera castaño. Los ojos tenían un tinte intermedio entre el gris, el verde y el azul; y la boca no tenía nada que llamase la atención. Me quería mucho, y yo la contemplaba con gusto cuando venía a buscarme, por la noche, y cuando atravesaba, roja primero, verde después, la calzada.

He dicho que era una buena muchacha. No me desdigo y hasta quisiera darle a este vocablo todo el sentido que encierra. Sí, era una excelente mujer, me amaba buena y totalmente. Me miraba acercarme y alejarme, retratando en su rostro una bondad, o mejor

dicho, una belleza maternal. Me consideraba con una apariencia de dulzura, de compasión, hasta cuando parecía dichoso. ¿Por qué? Misterios del verdadero corazón humano. Cuando volvíamos a nuestro cuartito solía cogerme en sus brazos, tan sólo para reanimarme, como si sus brazos fuesen alas.

Así, que ya pueden ustedes figurarse lo que sufriría ella cuando tuve que dejarla para instalarme en Figeac.

Yo también sufrí, -menos que ella-, evidentemente, pero sufrí. Sin embargo tuve bastante valor y buen sentido para persuadirla de que no debía vender su herbolaria para seguirme.

Los días que precedieron a mi partida los pasó anegada en llanto y tan sólo dejaba de llorar para balbucear:

-- ¡Siempre te amaré. Siempre te esperaré, y sólo viviré para esperarte, para volver a verte, que es mi único deseo siempre, siempre, siempre!

Me instalé en Figeac. Pero no estuve allí mucho tiempo. ¿Mas qué importan las causas profesionales que me obligaron a marcharme de aquella ciudad que, desde el principio, me había mostrado su hostilidad, ni los incidentes de mi carrera farmacéutica? No me ocurrió nada de extraordinario, como ustedes saben, o, por lo menos, si me hubiese sucedido lo contrario, lo sabrían ustedes.

No adquirí ni gloria ni fortuna. No hice nada ni desde el punto de vista de la ciencia, ni siquiera desde el punto de vista de la publicidad. Por el contrario, tuve muchas aventuras amorosas. Ninguna de ellas tuvo buen fin, y llegó un día en que sentí una gran repugnancia de aquella existencia tan agitada. Así que un día, después de mi última aventura -una lamentable intriga con una marquesa auténtica y auténticamente loca-, me puse a reflexionar, a mover la cabeza y a pensar en Manuela, que me había dicho: "Te esperaré siempre".

Verdad es que no me parecía muy airoso el volver allí; al principio me resistí, pero burlado, aburrido, evocabá cada vez más la tibia bondad de la pobre muchacha que me había comprendido.

¿Qué había sido de ella, al cabo de siete años que nos habíamos separado? ¿Después de seis años y medio que yo no había contestado a sus cartas? Evidentemente que seguiría siéndome fiel.... Pero quizá hubiese muerto....

No pudiendo más, le escribí.... Y ya empezaba a impacientarme al ver que no me contestaba, cuando recibí un telegrama, un mensaje lleno de protestas de ternura, diciéndome que sólo para mí vivía, que únicamente mi recuerdo la sostenía y que me esperaba con más ansia que nunca!....

Dudé aún, después tomé el camino de Sanlis. Volví a ver la ciudad, la catedral y las demás iglesias, no desprovistas de encanto a despecho de la laicidad; y en sus viejas calles pude volver a ver los altos guardacantones que, colocados junto a las tapias, parecían transeúntes que no transitarían jamás.

Me acerqué a la calle de los Figeards. Una preocupación se apoderó de mí entonces. ¿La encontraría muy cambiada? ¿Al cabo de siete años, se habría puesto demasiado gorda? ¿Se habría quedado muy delgada? ¿Se habría vuelto muy fea?

Tomé mis precauciones y me instalé de manera que pudiese verla, sin ser visto....

Y la vi. !Ah! No había cambiado, al contrario, la encontré hasta guapa con su pálido rostro, sus ojos, su aspecto triste cual el de una púdica viuda.

Entonces me dirigí hacia ella sumamente contento y con la sonrisa en los labios.

Y después..... !Hum! Después, ella levantó los ojos hacia mí. Yo me quedé plantado en medio de la calle, frente a ella, bien en evidencia. Me miró.... y no me reconoció.

Volví la cabeza y se alejó de mí, me abandonó sin saberlo. Y yo, completamente destrozado cual si toda mi vida hubiese estado locamente enamorado.... Me alejé también bruscamente, comprendiendo que, puesto que ella no me había reconocido, en lo sucesivo no había nada que hacer y que nunca, nunca jamás seríamos "nosotros dos". !Salí escapando hasta la estación y me metí dentro del tren, como podía haberme metido debajo de él!

Sí, lo han comprendido ustedes bien: ella no me reconoció. Esto es muy sencillo, sencillísimo. Ni gritos, ni complicaciones extrañas, sino un silencio increíble y la nada: ella no me reconoció.

Yo lo había previsto todo, salvo este sencillo y formidable detalle: !Qué yo hubiese envejecido en algunos años hasta el punto de no mostrarle nada mío al erguirme ante ella!

Pongan ustedes el epílogo a esta historia sin historia. Digan lo que quieran menos que es imposible, puesto que ha tenido lugar. Tendréis que creer en ella como tuve que creer yo, en los días siguientes que pasé. (!Oh, contradicción de nuestros corazones!), en una especie de celos sin nombre, sin nombre, sin forma, sin límites, !unos celos mortales!

Miramar, Alpes Maritimos, 1930

Henri Barbusse

(Versión autorizada de Deambrosis-Martins)

-:-:-:-:-